

boldt estoy completamente de acuerdo. El largo retraso de nuestro viaje en esta parte de América llamará la atención, pero éste se disculpa por el hecho conocido de que quien dice A, tiene que agregar frecuentemente B.

Viene de la página 68

Colombia (1868-1869)

VI

Ambalema, 17 de septiembre de 1868

Stübel dejó a Bogotá el 24 de agosto, para emprender, pese a todos los consejos en contrario, el viaje a los llanos de San Martín. Yo me despedí el 26 de la casa que había llegado a ser tan familiar y de la ciudad tan amable con nosotros, para, gracias a Dios, no regresar nunca más. Seguí mi camino hacia el oriente, andando muchas horas por la misma vía que habíamos seguido hace meses, a nuestra llegada. Esa vez llegamos por el Roble, cerca de Facatativá, a la sabana. Ahora deseaba dejarla por Boca del Monte (2.642 m), para llegar al río Magdalena por el ancho valle del río Bogotá.



Después de un paso a galope, llegué hacia las tres de la tarde a la punta oriental de la altiplanicie. Bajas colinas delimitan la escisión formada por un valle profundo y escarpado procedente del sudeste. Masas de gruesas nubes se estacionaban justamente a la altura del paso, de manera que la corriente de aire

ascendente se introducía violentamente en él después de dejar el altiplano, y poco a poco nos íbamos envolviendo en una densa niebla. La vista del valle, si bien bella y maravillosa, no se puede comparar de ningún modo con la exuberante vegetación de los valles extraordinarios que de la sabana conducen al sur hacia las corrientes de agua (valles de Pasca, Fusagasugá, Tequendama). Un buen y amplio camino desciende en zigzag por la empinada pared, y muy pronto se llega por entre una hermosa selva boscosa al fondo del valle, que se precipita intempestivamente. Falta aquí la deslumbrante vegetación tropical, pero cada vez más abajo la vegetación es más rica. La vía estaba animada en forma notoria: nos encontrábamos con caravanas completas de mulas, cargadas de melaza, y numerosos jinetes (hombres y mujeres). Pasamos la noche en una casa aislada, en la nada agradable compañía de cerca de 30 ó 40 arrieros.

Antes del amanecer emprendimos otra vez la marcha. Muy pronto pasamos por una pequeña población, Tena (1.350 m), famosa por sus extensas plantaciones de azúcar de caña y tristemente célebre por la arbitrariedad de sus ricos hacendados. Aquí se une el arroyo, por cuya vertiente habíamos descendido, con el río Bogotá. Éste lleva también, en la sabana, el nombre de río Funza; se precipita por el salto de Tequendama, desde cuyo estrecho desfiladero, apareciendo en unión de múltiples y caudalosos afluentes, riega un amplio valle lleno de rocallas. Muchas mesetas, ubicadas una sobre otra, son formadas por estas viejas masas rocosas cortadas ahora de nuevo por el río; en la más alta de ellas se encuentra el pueblo de La Mesa (1.258 m), que en la misma Alemania se tendría que considerar una pequeña ciudad. Es una estación central de comercio para la circulación interna. Tres días a la semana se celebra aquí un gran mercado, y cientos de mulas llegan, desde las partes altas del valle del Magdalena, cargadas con cacao y otros productos de tierra caliente, mientras que de la sabana la sal de Zipaquirá y los cereales de los climas fríos son traídos hasta aquí. En La Mesa se realiza el intercambio; por tanto, una vida agitada domina aquí, y

el bienestar se refleja en el aspecto de las casas y los habitantes.

El 28 proseguí mi viaje, siguiendo siempre el buen camino del río Bogotá. Descendiendo sobre la meseta rocallosa, se llega rápidamente a Anapoima (676 m) y después a la orilla del mismo río en su unión con otro caudaloso río secundario, el Apulo (420 m). Desde allí conduce el camino hacia abajo a una población bastante significativa: Tocaima (408 m). Situada a unos 100 pies del río, que aquí tiene 70 pies de ancho, se levanta sobre la meseta rocallosa, y goza de una temperatura verdaderamente tropical. El valle es muy ancho; la llanura, al lado del río, está rodeada de arbustos, y frente a la desembocadura del valle en el Magdalena se eleva una cadena de altas montañas, de tal manera que los vientos refrescantes están casi interrumpidos. La temperatura más baja, por la noche, llega a los 23 grados; en Bogotá, por el contrario, es de 8 a 10 grados. Los grandes calores permiten ver la cercanía del bello río como doblemente agradable. Ya con la caída de la tarde empieza la romería hacia el baño, y la primera oscuridad de la noche da término al movimiento en las playas. Cientos de personas de todas las edades y de los dos sexos chapotean a todas horas del día en la fría corriente. Pero fuera de este buen baño, posee Tocaima algunas aguas llamadas sulfurosas —turbias como leche—, que, naturalmente, no contienen sulfuro, pero que le han creado la reputación y el honor de ser el sitio de residencia elegido por todos los leprosos.

El 29 de agosto, dejando el valle de Tocaima, seguimos al principio el curso de un arroyo, subimos una montaña empinada y bellamente poblada de bosques (835 m), para llegar al río Seco, que desemboca directamente en el Magdalena. Nos quedamos por la noche en un poblado compuesto de 6 a 8 casas, llamado Casas Viejas (324 m), y llegamos el 30 de agosto, siguiendo el río Seco y atravesándolo varias veces, al Magdalena, cerca de una pequeña población, Guataquí, después de ir río abajo durante cerca de dos horas. Desde aquí, en las orillas de la gran corriente, hasta Ambalema se extienden unas amplias llanuras formadas de escom-

bros de piedras volcánicas. Cubiertas actualmente de arbustos o utilizadas como pasto para la ganadería, estas llanuras ofrecerían las más aptas tierras para las plantaciones de tabaco. Pero precisamente la permanente escasez de agua en las tierras situadas entre Guataquí y Ambalema dificulta este cultivo. Durante horas se cabalga bajo el más ardiente sol, sin ver una casa, sin encontrar una gota de agua. Ningún árbol lo protege a uno contra los rayos del sol, que caen casi perpendicularmente; ningún vientecito se hace sentir. Para evitar al menos el calor más insoportable, pasamos algunas horas en un "canei", es decir, en una casa habitada por un campesino cultivador de tabaco.



Esta choza, de cerca de 20 a 30 pasos de largo, está compuesta sencillamente por algunas estacas clavadas en el suelo, que soportan un techo cubierto de hojas de palma; sólo pocas poseen entre las estacas principales un enrejado construido de cañas de bambú partidas; la mayoría tiene para exhibir sólo una suerte de baranda, para impedir el acceso de los animales. Una muy pequeña parte de la casa está separada de un espacio grande por un tabique de bambú, para servir de habitación a las mujeres. Alrededor de la habitación grande se halla una banca baja de bambú; en una de sus esquinas están algunas piedras grandes sobre las cuales se encuentra una olla de barro grande y una pequeña, como únicos artefactos de cocina. Entre las piedras se enciende el fuego. Nunca falta un importante mueble: una inmensa olla de barro sin pies que por lo regular des-

cansa sobre un tenedor de madera. Ése es el recipiente de agua, en el que debe asentarse el barro y la mugre del líquido tomado del Magdalena. Bajo el techo se cuelga en cordeles el tabaco, para secarlo, y algunas pieles de res sin curtir están extendidas en el suelo como cama.

Nuevamente proseguimos cabalgando hacia Ambalema. Eran cerca de las seis de la tarde cuando llegamos a nuestro destino, pero aún debíamos pasar el río, antes de que pudiéramos descansar de las fatigas del día en la bien acondicionada mesa de un gran establecimiento de Frühling y Göschen, en compañía alemana y con una cerveza también alemana.

El 2 de septiembre estábamos de nuevo en camino, para encontrar un llanura adecuada a las mediciones trigonométricas, pues quería determinar desde allí las alturas de los nevados de la cordillera Central. A tres horas, aproximadamente, de Ambalema encontramos un sitio propicio. Mi servidor permaneció con las barras de señalización al final de una larga base de cerca de 3.000 metros, mientras nosotros nos trasladábamos al otro extremo. Ríos torrentosos y empinadas montañas nos impedían seguir un camino directo. Cinco horas tardamos en ir cabalgando y cruzamos cuatro o cinco arroyos y un río. Y, sin embargo, todo el trabajo fue en vano, pese a que durante tres días y medio permanecí tirado en una casa miserable llena de toda clase de bichos (Tasajeras). Sin resultado alguno, regresé el 6 de septiembre a Ambalema, pues allí tendría la oportunidad de viajar en barco a Honda. Pero allí también me fue bastante mal, y me vi obligado a emprender el largo viaje de siete horas en un tronco de bambú ahuecado. Es mejor ni hablar de las comodidades de esa canoa: sólo había sitio para ir en cuclillas, medio sentado. En la posición tomada inicialmente había que permanecer más o menos todo el tiempo, pues por la extrema delgadez de la barca se podía voltear fácilmente con cualquier movimiento imprevisto. El sol quemaba allí sin clemencia, el calor era insoportable. El 10 de septiembre cabalgué de regreso nuevamente por la amplia llanura del Magdalena, y llegué a Rastrojos por la tarde y a Ambalema, una

vez más, hacia las 12 del día siguiente. Durante este viaje estaba clara y despejada toda la cordillera Central, por lo que me decidí a hacer nuevos intentos de medición de alturas. De nuevo mande a transportar mis instrumentos por todos los ríos, de nuevo me expuse a las picaduras de mosquitos, garrapatas y pulgas, y de nuevo regresé lleno de picaduras, heridas e inflamaciones y con las cosas sin ejecutar. Nueve días había perdido en esos intentos, sin lograr el mínimo resultado.

VII

Manizales, 11 de octubre de 1868

El 19 de septiembre partimos de Ambalema, para llegar a la pequeña ciudad de Lérica (343 m), a sólo seis horas de camino. Allí tuve que alquilar seis bueyes, para poder proseguir nuestro viaje el 21 de septiembre. Dejada atrás la amplia llanura del Magdalena, emprendimos el ascenso, a través de malos caminos, por las primeras pendientes de la cordillera Central, compuestas de granito, hornablenda pizarrosa, gneis y esquisto arcilloso. Vistas maravillosas del valle del Magdalena se ofrecen desde algunas alturas, teniendo como telón de fondo la agradable población de Lérica. Ya subiendo, ya bajando, llegamos hacia las seis de la tarde a La Honda (1.088 m), un pueblo aislado en un valle profundo, espesamente poblado de bosques y matorrales de bambú.

A la mañana siguiente marchamos durante cerca de dos horas hasta Libano, pues nuestros guías tenían que provisionarse para la permanencia en las deshabitadas altas montañas. Este sitio, el último en la pendiente (1.591 m), ofrece un cuadro característico. Apenas hace dos años había aquí una selva espesísima. Hoy hay grandes superficies taladas. Unas 20 casas irregularmente desperdigadas se disponen en calles amplias cruzándose en ángulos rectos; una plaza grande en la mitad del pueblo ofrece, como las calles y los campos, un cuadro de violenta confusión: por todas partes sobresalen enormes cepas del suelo, troncos caídos interrumpen el camino: en resumen, aquí se repiten todas las circunstancias, tan

conocidas por nosotros, de los campamentos norteamericanos.

El 23 de septiembre proseguimos hasta cerca de la frontera de vegetación de zona alta, siempre a través de selvas espesas. No era de pensar en un camino: se trepaba por entre troncos de árboles, se cortaba con el machete la vegetación que estorbaba; en fila iban los animales uno detrás de otro. En esta región selvática, el suelo, cubierto de humus y fuertes capas de tierra, está emblandecido, específicamente en las épocas de lluvias, hasta varios pies de profundidad. Espantosos huecos de barro, estrechos caminos de madera rellenos de barro, sólo de unos tres a cuatro pies de ancho y después, nuevamente, raíces cruzadas en el camino o árboles caídos hacen de este trayecto el peor de toda Colombia. Con los bueyes se avanza muy lentamente. Tuvimos que pernoctar en Pajonales (2.469 m), unos prados en medio del bosque, ahora abandonados. Afortunadamente encontramos, al llegar, un pequeño galpón de paja que nos resguardó, a nosotros y a las sillas de montar, de la persistente lluvia. También el 24 de septiembre anduvimos lentamente por caminos intransitables en medio de la selva. Nuestras sillas de montar se despedazaron en el camino. Pernoctamos en Sabanalarga (3.186 m), en una casa abandonada.

El 25 de septiembre dejamos finalmente la selva y llegamos a una región de hortalizas y matorrales. También ese día se hizo un poco de camino. Pasamos la noche bajo una roca voladiza, la llamada "Cueva de las Peñitas" (4.086 m). En ella la temperatura bajó a dos grados centígrados.

El 26 de septiembre fue para los animales el día más fatigante. Subiendo a través de un césped espeso, se llega de repente a la pared, casi perpendicular, de un valle hondo, de un promedio de tres cuartos de legua. Se va hacia abajo unos mil pies, después de cruzar por la hondonada, y por el otro lado otra vez a la altura de mil pies. Aquí estamos muy cerca de los límites de las nieves perpetuas. Las inmensas masas de nieve de la "Mesa nevada de Herveo" están cerca, sobre nosotros. Los arroyos llevan todas las aguas glaciales; pero éstas son ácidas y están saturadas de

alumbre y vitriolo de hierro. El paso más alto lo acabábamos de sobrepasar. Pernoctamos de nuevo en un valle estrecho bajo el resalto de un enorme torrente de lava, en la llamada "Cueva de Nieto" (4.038 m).

Como las provisiones de los guías se habían acabado, el 27 de septiembre se envió a traer de Manizales, la población siguiente, carne, arepas y chocolate. De manera que tuve que maldecir durante dos días la inactividad, pues los guías que habían quedado conmigo padecían de dolores reumáticos. En estas alturas se sufren sobre todo, por el mínimo esfuerzo corporal, calambres y fuertes dolores de cabeza.



El 29 de septiembre pude al fin comenzar mis investigaciones. Las inmensas masas de nieve se encuentran en el norte, el occidente y el sur. Glaciales extraordinarios se ofrecen por todas partes a la investigación. Pero los poderosos torrentes de lava y los grandes arenales dificultan la marcha. Hacia las tres de la tarde llegamos a Olleta, el único cono de erupción reconocible al lado de la montaña (4.900 m), pero que también está apagado. Hoy había alcanzado a llegar a una altura de 4.900 metros, es decir, 90 metros más arriba que el Monte Blanco.

La mañana del 30 de septiembre la pasé en la cueva, ocupado en organizar las piedras recogidas; en la tarde visité de nuevo el valle encajonado, para recoger aguas ácidas.

Pese a que el primero de octubre el tiempo parecía más adecuado, sólo pude hacer mover a dos de mis cinco acompañantes, para intentar el ascenso a las masas nevadas. Por todas partes teníamos que subir escalones, y muy pronto, después de algunos intentos

malogrados, me abandonaron los dos guías. Ahora que estaba completamente solo, tomé el camino correcto. Después de múltiples trabajos y esfuerzos, llegué a cerca de 400 pies del pico. Pero allí me sorprendió un aguacero de nieve y granizo que hacía impensable proseguir un metro más. Refrenado por la nieve, que me llegaba frecuentemente hasta más arriba de las caderas, pude finalmente regresar, después de haber marchado cuatro horas solo por esas nieves, al sitio donde se habían quedado mis acompañantes, que tiritaban de frío y humedad.

El 2 de octubre, a causa de una carencia absoluta de víveres, partimos de la cueva. Entre lluvias torrenciales, descendimos al valle del Cauca. Este camino es todavía peor que el del lado del Magdalena y con frecuencia, en razón de los abismos, realmente peligroso. Pero la vegetación es maravillosa. A las cuatro de la tarde llegamos a Frailes, la primera casa en la pendiente (2.525 m) y desde allí, el 3 de octubre, en tres horas, a Manizales (2.135 m), población fundada hace apenas 20 años.

VIII

Popayán, 9 de noviembre de 1868

El 16 de octubre pude partir finalmente de Manizales. Necesité 2 días y medio para llegar a la pendiente de la cordillera siguiendo a Cartago (912 m), en el valle del Cauca. El 18 de octubre, el día de mi arribo allí, un fuerte temblor de tierra aterrorizó a los habitantes, tanto más intensamente, pues ocurrió en el preciso momento en que toda la población se encontraba reunida en la iglesia. La misa tuvo que concluirse al aire libre, pues el pueblo había desalojado con violenta precipitación la iglesia.

El 21 de octubre dejé a Cartago para investigar en Naranjal (935 m) unos huesos de mamut; desafortunadamente, fue en vano. El 22 de octubre llegué a Paila (941 m), pues la crecida de los ríos, causada por las fuertes lluvias, había retrasado mucho nuestra marcha. El 23 llegué a Tuluá (993 m), y el 24 a Buga (960 m). Todo el camino va por un valle plano que frecuentemente es de 6 a 8 leguas de ancho, en cuyos costados oriental y occidental se elevan

hermosas y altas montañas, que alcanzan a veces la altura de las nieves perpetuas. Lamentablemente vi de ellas poco, pues la cordillera permanecía cubierta por densas nubes. Me quedé en Buga el domingo y marché el 26 de octubre a Palmira (1.011 m), la capital del cultivo del tabaco en el valle del Cauca; el 27 a Cali (1.014 m), una plaza comercial importante, desde la cual el camino conduce al puerto marítimo de Buenaventura; el 31 de octubre a Paso de la Bolsa (981 m), a la orilla del Cauca, y el primero de noviembre a Quilichao (1.073 m). Aquí me quedé algunos días para investigar las muchas y muy ricas minas y lavados de oro. En todas partes del Cauca fui recibido amistoso y hospitalariamente; en todas las poblaciones se pusieron casas a mi disposición. Las personas más respetables de las ciudades se agolpaban en torno de mí; con frecuencia, entre veinte y treinta personas me rodeaban y observaban mis investigaciones.

El 8 de noviembre llegué finalmente a Popayán. Montar a caballo en clima caliente me fatigó en exceso.



IX

Popayán, 28 de febrero de 1869

Sólo pocos días permanecí en Popayán, apenas los suficientes para lograr los preparativos de una nueva excursión. Popayán (1.741 m), situada en la parte alta del valle del Cauca, más o menos como Basilea al final de la llanura del Rin, es dominada hacia el oriente por la montaña volcánica del Puracé (4.700 m), que se eleva hasta las nieves perpetuas y cuyo pico, bellamente formado como un cono, fue destruido por las fuertes erupciones de los años 1849-1852. En vez de una colosal montaña

nevada, ahora se encuentra una cresta ancha y despuntada, cuyo pico más elevado acaso exhiba 200 pies de nieve. Humboldt, en el año de 1801, y más tarde Boussingault, en los años treinta visitaron la montaña, pero lamentablemente no nos aportaron una descripción satisfactoria y mucho menos una ilustración gráfica, de manera que es ahora apenas posible hacerse una idea de los cambios sufridos.

Primero me dirigí a Puracé (2.648 m), pueblito indígena que queda a un día de camino desde Popayán, para organizar allí la excursión hacia el pico. Puracé está situado en la cuesta de la majestuosa montaña, en un estrecho valle rodeado de paredes rocosas de miles de pies de alto, en cuyo fondo los arroyos han cortado como con un cuchillo los lechos por sobre los mil pies. En maravillosas cascadas se precipitan las aguas en los desfiladeros sobre las oscuras masas de lava. Sobre un pequeño llano se extienden la población y los campos de cultivo, llamativamente bien mantenidos por los indígenas. La belleza del salvaje escenario no se puede describir con palabras. Son suficientes pocos pasos por una de las calles que parten de la plaza para dar a un precipicio de más o menos 1.500 pies, en el cual se ve espumar el río principal del valle, el San Francisco, que algo más abajo se reúne con el Cauca. El agua del río, como la de todos sus afluentes, es ácida y corrosiva, y el mismo polvillo de agua de la bella caída de agua, de cerca de 400 pies de altura, de San Antonio posee estas cualidades, en tan extrema medida, que sólo una breve estancia al pie es suficiente para que se produzcan irritaciones en los ojos durante horas. El río Vinagre y el río Vinagrillo son alimentados en parte por torrentes del Puracé, los cuales, a causa de los vapores volcánicos, están viciados con ácidos sulfúricos y salinos. Boussingault encontró, según sus análisis y apreciaciones, que la cantidad de ácido libre que llevan estos torrentes sobrepasa sobradamente en el transcurso de un año la cantidad de ácido que en el mismo tiempo se produce en toda Europa.

Desde Puracé parte un camino de herradura transitable hasta cerca del pico de la montaña, pues un negocio no

despreciable es ejecutado con la nieve, que aquí nunca falta, llevándola a Popayán, donde, mezclada con frutas y azúcar, es disfrutada diariamente con pasión por todos los habitantes. En cerca de seis horas se llega —al principio a través de un bosque, después cabalgando por una extensa pradera— al cono pelado, cubierto de cenizas grises. Todas las plantas desaparecieron aquí bajo las cenizas arrojadas en los años de 1849-1852, y que cubren el suelo hasta varios pies de altura. Las pendientes son muy escarpadas, la mayoría con más de 30 grados de declive y están surcadas por un sinnúmero de pequeñas salidas de aguas, que corren por las estrechas y escarpadas cuestas como nervios de la montaña. La parte de arriba del Puracé no se puede comparar con ninguna montaña volcánica que hasta ahora haya tenido la oportunidad de ver, y tanto más peculiar parece esta escarpada copa de ceniza cuanto ella está puesta sobre una vieja montaña formada por torrentes de lava en declive y aplanados, en cuyo amplio corte del valle se alcanza su base. La ceniza es tan fina, que en épocas de lluvia se forma una masa pantanosa blanda y fácilmente removible, sobre la que se resbalan los pies como sobre jabón reblandecido. A 4.400 metros de altura mandé instalar nuestra tienda de campaña al pie de una vieja roca de lava, situada a unas dos horas arriba de la región más próxima con leña y cerca de 300 pies abajo de la nieve, de la cual esperábamos surtirnos de agua.

Como una pared inmensa sostenida por innumerables pilares, se elevaba ante nosotros el último trayecto de la montaña. Inútilmente me esforcé en divisar desde allí la posición del cráter. Pero después de media hora de ascenso, llegando a la cresta, que se elevaba unos 200 metros arriba de la tienda de campaña, nos encontramos en su filo. De más de 30 grados era la pendiente pantanosa por la que habíamos subido, y con más de 60 de inclinación caen las paredes del cráter en la profundidad. El filo del cráter es tan angosto, que sólo personas que no sufran de vértigo pueden caminar por él sin riesgo. El diámetro mide 550 metros de oriente a occidente, en la margen de arriba, a 230 metros de profundidad. Un laguito ver-

de llena el fondo. Permanentemente se desprendían pedazos de piedra de las paredes escarpadas y se precipitaban con estrépito. Cerca del lago, en la pendiente del norte, se fuga, emitiendo silbidos, un chorro de vapor. Dos fumarolas similares se hallan en la pendiente externa, más o menos a la misma altura. La margen por la cual ascendimos estaba sin nieve, pero en el sur se elevaba sobre el filo del cráter una cumbre nevada arqueada, el más alto pico del Puracé, llamado Ochacayó. Como mi intención era medir trigonómicamente la montaña, clavé cerca de la tienda una corta línea de estación. El tiempo fue, entre tanto, tan desfavorable que durante 11 días estuvimos, casi sin interrupción, envueltos en nubarrones, y finalmente tuve que abandonar el campo sin haber alcanzado completamente mis objetivos, pues la extraordinaria tienda de campaña que me había prestado el presidente del Estado no pudo resistir las continuas lluvias ni las sacudidas casi permanentes de los vientos huracanados. Eran tan fuertes, que las estacas de hierro de casi dos pies de largo, con las que la tienda estaba asegurada al suelo, eran arrancadas de éste. La leña sólo se podía conseguir en cantidades mínimas y a gran distancia, y no se lograba hacer que ardiera, a causa del viento y la humedad. Por las noches se formaba sobre las paredes de la tienda una capa de hielo. Era una existencia sin consuelo, más dura por el desaliento de los guías, que no querían de ningún modo acampar en estas alturas. Cada dos días se enviaba a Puracé por nuevos indígenas, pero toda la comunidad huía, abandonándonos a nuestra suerte.

Antes de dejar la montaña, me atreví a intentar llegar hasta el pico más alto. Así, pues, el último día subí de nuevo al filo del cráter; caminando hacia el oriente, en dirección al cráter, llegué rápidamente a la nieve. Los aguaceros y el calor interno de la montaña la habían llevado a un estado desagradable de blandura y humedad, como en la época de deshielo en Europa. Durante cuatro horas vadeé por entre esa masa, hundido hasta las caderas, y debí regresar finalmente cuando estaba a unos 20 o 25 metros del pico, pues el frío me había penetrado tanto que apenas po-

día moverme. En esta visita pude reconocer por primera vez que sobre el lado oriental del cono, rodeado de riscos de nieve, se extiende un segundo cráter, pero de nuevo densos nubarrones me impidieron hacer otras observaciones. En el ascenso hacia el cono gocé de un espectáculo característico. Hacia el oriente estaban las montañas sin nubes, en el occidente se elevaba como un muro masas de nubes procedentes de abajo, de las tierras calientes. Mi sombra se proyectaba en una enorme figura sobre esa tela de niebla, la cabeza se mostraba rodeada de una aureola pintada con los colores del arco iris.

En pocas horas se llega al pueblo de Puracé, después de la población de Coconuco (2.314 m), situada en otro valle que desciende igualmente de las montañas de Puracé. Mientras Puracé se encuentra en una llanura, arriba del lecho de un río, Coconuco está construido en el fondo del valle, algo más amplio, sobre una bella planicie aluvial. En una vieja casa de campo española, en medio de un jardín sembrado de oscuros cipreses, instalé mi campamento. En el pueblo se celebraba la fiesta mayor: el alcalde y todos los habitantes, hasta el más humilde jornalero, estuvieron toda la semana en la más lastimosa borrachera. Sólo con esfuerzo logré conseguir los peones indispensables para enviar mi equipaje a Paletará, ubicado en una altiplanicie y a un día de camino, desde donde pensaba completar mis mediciones del Puracé.

El camino es muy malo para las bestias de carga; va por un valle, que está limitado a ambos lados por paredes rocosas de 3-4.000 pies de altura, compuestas de fuertes torrentes de lava, sobre las que se precipitan en muchos lugares los arroyos, disolviéndose en espuma. Arriba, en la pendiente, nace una fuente de aguas calientes, en la que, de modo similar a como sucede en Karlsruhe, el agua salta hirviendo a borbotones en altos chorros. Aún más arriba, se presenta una fuente de agua tibia en forma de extraordinaria piscina, como hecha para bañarse, mientras que en el fondo del valle se encuentra una débil fuente salina. Rápidamente el camino abandona el valle y se dirige por la pendiente, a través de un bosque espeso, en dirección a los amplios prados de

Paletará, que están a una altura de casi 3.000 metros (2.989 m). Estamos aquí muy cerca del más alto filo de la cordillera y del nacimiento del río Cauca, que corre como un pequeño arroyo al lado de la casa de la hacienda.

La altiplanicie de Paletará está situada en el lado sur del Puracé, y desde aquí vi, por primera vez y para mi gran sorpresa, que esta montaña, a la que dediqué tantos días, es sólo la cumbre occidental de una larga cadena de montañas volcánicas, en la cual se encuentra, al lado oriental, un cono mucho más bello y regular: el Pan de Azúcar. Esta cadena, hasta ahora completamente desconocida, la tengo ya medida. Después de cinco días llegué de nuevo a Coconuco, y desde allí regresé directamente a Popayán, pasando por el Alto del Pesar (2.660 m), desde el que se tiene la más bella perspectiva de la montaña del Puracé y de sus valles circundantes. ¡Cuatro semanas había tardado en esta excursión calculada para unos pocos días!

Muy raramente, sólo en días completamente despejados, se ve desde la ciudad el Puracé, pero más raramente el volcán del Sotaró, que está aún más distante, que por su forma cónica escarpada y despuntada es muy llamativo. Se tiene por inescalable. Yo deseé hacer el intento. Pero una fuerte fiebre me impidió durante seis semanas cualquier actividad.

El tiempo de mi enfermedad fue la época de las fiestas en Popayán: las Navidades y los Tres Reyes Magos. La fiesta principal entre ambas y la más típica es para Popayán la de los Tres Reyes. La víspera surgen multitud de jóvenes adornados fantásticamente, en caballos igualmente adornados, desde tres puntos diferentes de la ciudad; a ellos los siguen mulas con sacos que llevan los rótulos: oro, incienso y mirra, que anuncian los regalos y el equipaje de los tres reyes. En la mañana del día de fiesta, pues por la noche llegan los indígenas de los alrededores, se inicia un bullicio endemoniado con unos piticos. Después llegan los tres reyes, cada uno acompañado de un ayudante y un numeroso cortejo. Los reyes portan corona y cetro, están vestidos con pesados trajes de terciopelo cosido en oro y adornados en forma

medio oriental; los ayudantes tienen, por su lado, uniformes y batutas heráldicas francesas. En la plazuela de San Francisco se reúnen los tres reyes. Se entabla un diálogo, y se resuelve enviar a los ayudantes al rey Herodes, para hacerle saber la nueva del rey recién nacido. Entre tanto, Herodes está sentado sobre un teatro instalado en la plaza, bajo un dosel y sobre un trono, con una bata de dormir, una gorrita tejida, un pantalón de media pierna de terciopelo, sandalias doradas, el código de leyes y una corona gigantesca ante sí. Ahora se acercan los ayudantes, a caballo. Herodes envía un maestro de ceremonias a su encuentro, los cuatro ayudantes (jovencitos en uniforme militar) ocupan, armados con enormes sables, las cuatro esquinas del teatro. Herodes se devuelve, para ponerse su manto de rey, un vestido verdaderamente espléndido, se pone la corona y recibe a los mensajeros. Por turnos ellos formulan a viva voz su petición. Herodes decide recibir a los reyes. Los mensajeros se retiran, y Herodes aprovecha ese tiempo para dirigirse al público en una proclama iracunda, cuya famosa decisión final es condenar a muerte al niño. Entonces llegan a la audiencia los reyes y conducen la plática. A lo último sube toda la compañía otra vez, a caballo, para dirigirse a una capilla llamada Belén —situada en una colina, detrás de la ciudad—, en donde, con música y fuegos artificiales (de día), bajo la dirección de un niño disfrazado como “la estrella más iluminada”, el “niño Dios” representado por un muñeco de madera, recibe los regalos y acepta con paciencia los himnos que en aullidos se dan en su honor. Con ello concluye la peculiar fiesta. Estas representaciones se repiten todos los años, y son, por cierto, dramas escritos en verso y canturreados en un tono altisonante por los buenos artesanos.



Con esfuerzo me había reprimido y, siguiendo los consejos del médico, había permanecido en la ciudad. Pero a

finales de enero no me pude contener más. El 20 me dirigí a Sotará. Subiendo hacia el sur lentamente, se cruzan una serie de valles, el primero de los cuales es tributario del Cauca, y por ello del mar Atlántico, pero después se llega a las fuentes del Patía, cuyas aguas desembocan en el mar Pacífico.

El camino ofrece poco interés. Se pasa por Paisbamba, población localizada en un altiplano (2.550 m), que es digna de mencionar a causa de la bella vista del Sotará, que está asentado, como un cono enriscado de 760 metros, sobre una montaña de 3.700 metros de altura formada por viejas erupciones volcánicas (diabas). Sin embargo, para llegar a esta montaña, tuvimos que bajar de nuevo al profundo y ancho valle del río Quilcacé (2.091 m). En la hacienda de Sotará (2.228 m) se me presentaron las mismas dificultades que en todas partes. Principalmente, no pude conseguir peones.

A pesar de la lluvia y la tormenta, emprendí al día siguiente el ascenso. Cerca de una hora se va montaña abajo, después se llega propiamente al pie del cono. Allí empieza un trabajo de los mil demonios. Ciertamente, la escalada no ofrece una dificultad particular y es mucho menos peligrosa (que otras); pero a esta altura es de por sí tan penoso ir montaña arriba, ascendiendo estos 760 metros con un declive muy frecuentemente de más de 35 grados, por una pendiente en parte cubierta de prados, en parte de arena. Requerimos tres horas para llegar al pico, y desde allí bajamos al cráter. Habíamos escalado por el lado occidental de la montaña; descendimos por el oriental y tuvimos que rodear la mitad de la montaña por su falda. Mis guías dudaban, se daban irremediamente por perdidos; entonces, sólo por un instante, pudimos ver la región circundante a través de las nubes. Finalmente, después de doce horas de marcha extenuante, permanentemente bajo aguaceros con tormentas, llegamos de nuevo a nuestro campamento.

Como una torre se eleva el Sotará sobre las pendientes de la cordillera Central. Hacia el norte se ve el caluroso valle del Cauca hasta el norte de Buga; hacia el suroeste y el sur, la hirviente hoya del Patía. Hacia el nordes-

te, los nevados del Puracé y Coconuco cortan el horizonte, sólo superados por el imponente Huila (5.750 m). En el oriente y el sureste, se tienden los aventureros picos de traquita sobre las crestas de la cordillera hasta Pasto, cuyo volcán humeante se eleva como una imponente isla montañosa entre las altas cadenas de la cordillera Central y la Occidental. Más hacia el sur se destacan los conos volcánicos de Túquerres, Cumbal y Chiles; estos dos últimos, cubiertos de nieve.

El primero de febrero entramos de nuevo a Popayán, a donde pocos días después también el doctor Stübel hizo su entrada. Después de nuestra separación, él visitó las llanuras del Orinoco, regresó a Bogotá y, siguiendo río arriba el valle del Magdalena, llegó al Huila, cuya cima deseó escalar. Un ataque de fiebre, entre tanto, lo obligó a desistir de la empresa y a desplazarse a Popayán, para encontrar algo de reposo.

El 9 de febrero dejé una vez más a Popayán. Queríamos observar los sedimentos de sulfuro volcánico descubiertos recientemente. Nuestro camino va hacia el norte. En seis horas llegamos al pueblo de Silvia (2.536 m). Desde allí se acaba de construir un nuevo camino sobre la cordillera. Se habían intentado muchas vías y en las exploraciones se habían descubierto las fumarolas y las fuentes de agua caliente en el costado oriental de la cordillera Central. Cabalgamos siguiendo las orillas del río Piendamó, por entre un valle hermoso y fértil, cuyas paredes laterales están formadas por masas de toba volcánica —que se parecen a la piedras de trass del valle de Brohl—, frecuentemente de más de 3.000 pies de alto y cortadas casi perpendicularmente. Pronto siguió la selva, y aquí tuvimos que abandonar la vía construida y dejar los caballos. Ocho indígenas cargaban el equipaje. Subiendo por la selva, llegamos rápidamente a las fronteras de abajo de Pajonales (grandes extensiones de prados) y sobre las planicies que aquí forman las crestas de la cordillera. En este lugar dijeron los guías que no les era conocido ni el rumbo ni el camino, pues sólo habían pasado por aquí una vez, hacía unos dos años. Así pues, según un guía, se debía

regresar, y entonces pude proseguir al día siguiente la marcha sobre la cordillera después del nacimiento del río Coquiyó. Aquí, en la cuesta oriental de la cordillera, llegamos rápidamente a la selva, pero, siguiendo el viejo sendero, pudimos avanzar un trayecto, valle abajo, hasta el primer azufral. Un azufral, como los que hay aquí, es una porción de tierra desértica cubierta de tallos de bambú muertos en medio de la selva, y de cuyo suelo salen, por todas las ranuras, aguas sulfurosas y ácidos carbónicos. La vista es sorprendente y tiene algo de fantasmal, por el contraste entre la selva espesa y llena de vida y los troncos muertos retorcidos.

Aquí acampamos nuevamente, pues debía abrirse un sendero a través de la selva; una selva tan espesa, que yo, con cuatro hombres, durante dos días de duro trabajo, había abierto un trayecto que en sólo tres horas dejamos atrás. Allí el sendero no iba siempre por el suelo, sino que un largo trayecto iba por las copas de los arbustos, y cuando pasamos por un arroyo, por encima de las ramas, no pudimos ver ni rastros del agua. Otro trayecto lo hicimos por tierra firme, pero entre poderosas raíces de árboles. Es notable la ausencia de cualquier ser viviente. Ninguna ave, ningún animal es visible, con excepción de los insoportables mosquitos y zancudos.

Pasando por Silvia, regresamos a Popayán.

X

Pasto, 13 de mayo de 1869

Dos caminos conducen de Popayán a Pasto: el más corto y transitado va por el valle caliente e insano del Patía, el otro, casi el doble de largo, el llamado "Camino de los Pueblos", va siguiendo la pendiente de la cordillera, casi siempre por regiones frías y salubres. El primero es mucho más cómodo, pues en la mitad del tiempo se cabalga de norte a sur por la hoya del Patía, sobre una llanura aluvial, mientras el segundo, siguiendo por entre valles profundos de la cordillera Central, es espantosamente agotador y extenuante. Para disfrutar algo de ambos caminos, fui a caballo desde Popayán hacia el valle del

Patía, hasta cerca de la población de El Bordo (unos 700 metros sobre el nivel del mar), y después subí hacia la población de Bolívar (1.727 m), para tomar el camino de arriba, por las regiones salubres.

El buen tiempo favoreció el primer trayecto de mi viaje. Resplandeciente se presentaba el sol en el fondo del valle llano y sin árboles; el calor era para nosotros, que habíamos pasado el día anterior en las altas y frías regiones, casi insoportable. Las consecuencias del cambio de clima no dejaron de presentarse. Me dio fiebre inmediatamente regresé a la cordillera, aun antes de haber llegado a Bolívar. Pero el ataque sólo duró un día, no me hizo preocupar más y proseguí mi viaje. Con frecuencia teníamos que cruzar en un día dos o tres ríos, que corren en estrechos lechos entre abismos de 300 y 1.000 metros de profundidad. Por allí los caminos no son adecuados para el transporte de grandes cargas, de manera que frecuentemente en un mismo día las mulas debían ser descargadas y mis cajas transportadas por los arrieros en los pasajes estrechos. Ocho días después de dejar a Popayán, llegué al valle del río Mayo. El río fue famoso como frontera norte del inmenso imperio de los incas.

En Popayán ya se me había hablado de los sedimentos de piedra pómez de esta región, pero mis expectativas fueron ampliamente superadas. Encontré un largo y ancho valle completamente lleno de depósitos de piedra pómez de cientos de pies de altos, y tallados en este material fácilmente triturable se hallan los cauces de los ríos y los arroyos hasta su origen, de forma que sólo se conserva en pequeñas terrazas la llanura de piedra pómez. De dónde procede este material eruptivo, nadie supo decirlo. Los habitantes de la población aquí ubicada, La Cruz (2.440 m), hablaban de tres volcanes, pero aquí se llama volcán a toda alta montaña que de cuando en cuando está cubierta de nieve. Todos los datos que pude recopilar sobre la formación de la alta cordillera indicaban que una expedición hacia esa cumbre era sumamente difícil, si no imposible de realizar. Espesas selvas entre precipicios, durante horas, y las partes más elevadas de la montaña cubiertas casi todo el año de gran-

des nubarrones, hacen que nadie pueda indicar con precisión la ubicación de los tres nevados. Ni siquiera la gente se pone de acuerdo sobre sus nombres. No me quedaba, pues, más que confiar en la suerte para intentar un ascenso a esas alturas. Con 15 cargueros para mi equipaje y los víveres, salí de La Cruz. Veinticinco días anduvimos por las montañas, y durante todo ese tiempo, con excepción de tres días, tuvimos que abrirnos camino con el machete en la mano. Doce días estuvimos en la selva y diez días en las regiones altas, peladas, sólo cubiertas de pequeños arbustos y plantas con espinas. Allí el tiempo fue extremadamente malo: no pasó ni un día sin llover.

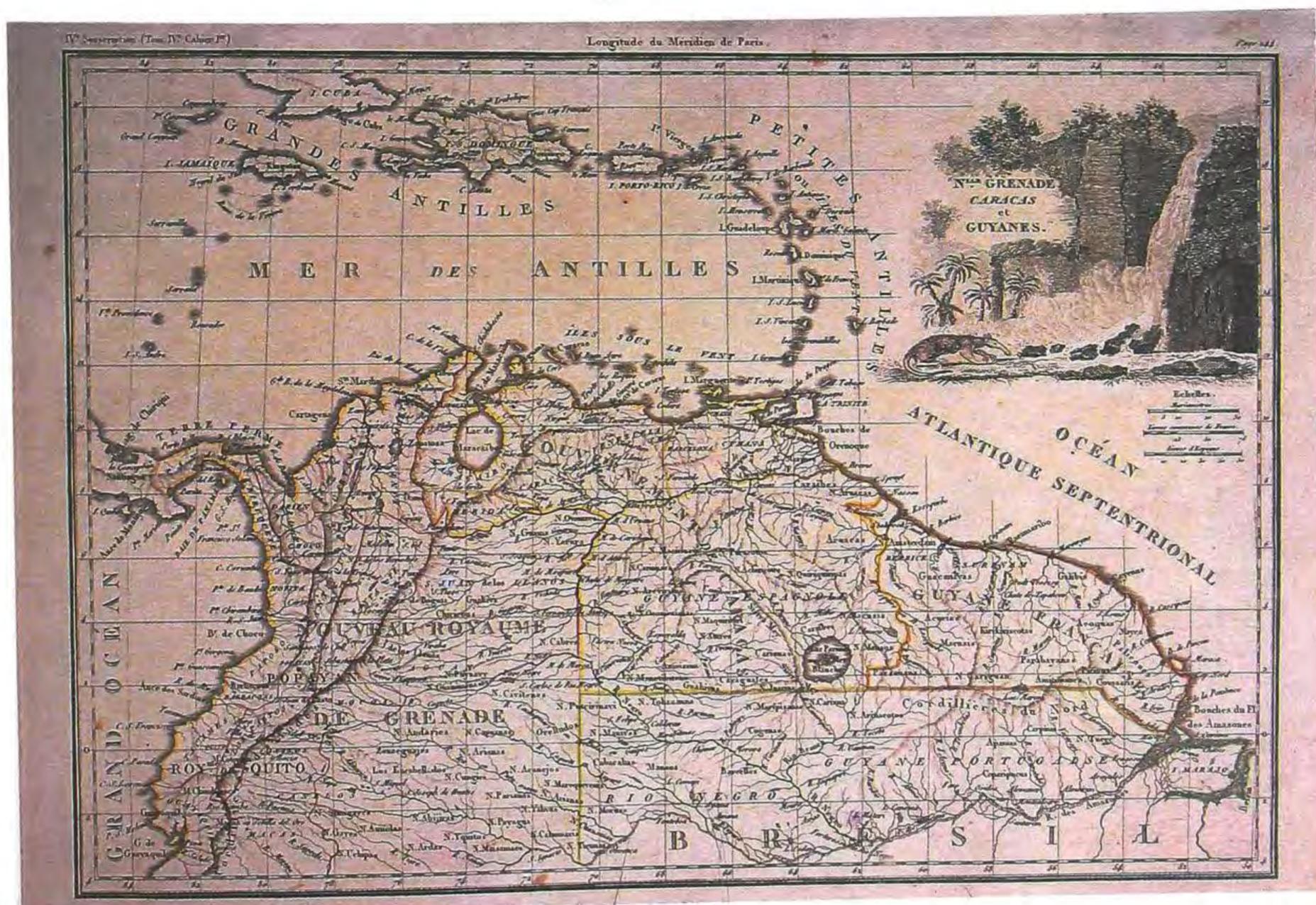
Sin embargo, aunque con muchos esfuerzos y gran pérdida de tiempo y dinero, logré mi objetivo. La investigación de la montaña fue sumamente interesante, pues aquí ha habido erupciones volcánicas en una medida impresionante, que sólo se conocen a pequeña escala en Europa, erupciones que pueden ser caracterizadas como del tipo Santorín. El páramo de las Ánimas (4.242 m), el cerro de las Petacas (4.059 m) y el páramo de Tajumbina (4.125 m) son grandes montañas volcánicas, que se componen en gran parte de masas de lava frescas, y en parte son viejas formaciones de piedras muy erosionadas.

La investigación de los volcanes de La Cruz me ha creado aquí en el país una gran fama. Mi reputación se ha extendido hasta Quito, y no puedo parar en ninguna cabaña, entrar a ningún pueblito, sin que los habitantes vengan a mi encuentro y me llamen "mi doctor". Aquí en Pasto se reunieron a mi llegada los notables, para darme una residencia digna de mi "distinción". Los estudiantes del colegio, una especie de universidad, me visitaron en masa, conducidos por sus profesores; el obispo me envió su secretario, disculpándose por encontrarse enfermo. Durante tres días, desde la mañana a la tarde, fui asediado por visitantes. Los habitantes de Pasto pusieron grandes esperanzas en mis conocimientos. Desde hace cuatro años, el volcán aledaño a la ciudad está en permanente actividad. En los últimos tiempos, especialmente, la violencia de las erupciones se ha intensificado

CARTOGRAFÍA

ÚLTIMAS ADQUISICIONES

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO



Nouvelle Grenade, Caracas et Guyanes, de Pierre Lapie.
Paris: [s.n.], 1812.
26 x 34 cm (H552).

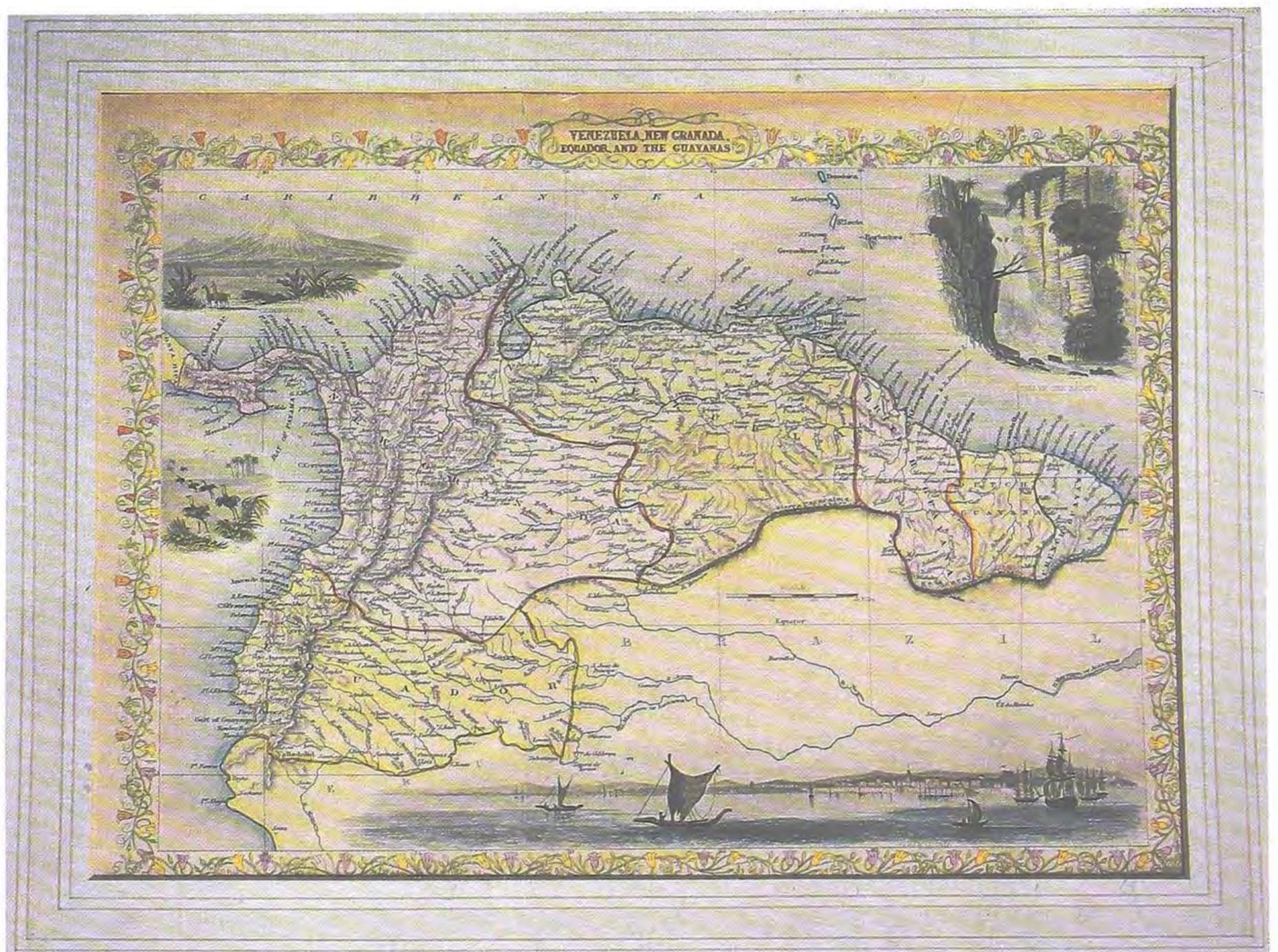
Die Stadt Carthagene. Fig. 37.



Carthagène de Alain Mallet.
Cartagena: [s.n.], [1683?].
16 x 20 cm (L0058).



Vue generale de Carthagéne, ville de l'Amerique Meridionale.
Paris: Huquier, 1760.
42 x 30 cm (L0059).



Venezuela, New Granada, Equador and the Guyana, engraved J. Rapkin, ilustración por W. Lancey.
London: John Tallis, [18--?].
25 x 33 cm (H297).

de tal modo que los bosques cercanos a la ciudad se han incendiado como consecuencia de las piedras en llamas que son arrojadas allí. Los bramidos de las erupciones y las ráfagas de vientos que los acompañan han sido tan fuertes que se ha creído que se trata de terremotos, y que abrían las —en todo caso mal hechas— puertas de las casas y habitaciones. Debería entonces investigar el volcán y dar un juicio sobre el peligro en que se encuentra la ciudad: pero, según opinión del pueblo, se debía taponar el volcán o al menos reducir a obediencia al furioso demonio que está allí dentro. Desafortunadamente correspondí muy mal a las expectativas, pues, en vez de subir inmediatamente a la montaña, permanecí en cama ocupado, no en agarrar el demonio, sino en curarme de una fiebre muy alta. Pero como el volcán se ha mantenido inactivo desde el día de mi llegada —sólo dos o tres veces se han podido oír los truenos de las explosiones y ver sólo una vez columnas de humo—, ha dado pretexto a la credulidad, para que se diga que tan sólo mi presencia ha mitigado la furia del volcán.

XI

Pasto, 20 de julio de 1869

A partir del 17 de mayo cabalgué durante dos días, con el más desagradable de los tiempos, casi ininterrumpidamente entre nubes y aguaceros, hasta el pueblecito de Consacá, situado en el lado opuesto del volcán de Pasto. Durante seis días pude disfrutar aquí de la tranquilidad de una casa de campo rodeada de naranjales y platanales, pues todo ese tiempo requerí, hasta poder tomar los peones necesarios a punta de promesas, persuasión y amenazas de encarcelamiento por parte de las autoridades, con el fin de emprender mis investigaciones del volcán, que nunca ha sido estudiado minuciosamente, pero que es sumamente interesante. Las pocas descripciones que hasta ahora poseemos de la montaña la muestran como un cono escarpado con un gran cráter en la cima; incluso Boussingault llega a afirmar que el cono, en su totalidad, se compone de un montón de bloques sueltos y super-

puestos. Como de la mayoría de los volcanes —es decir, cuando ellos son difíciles de alcanzar desde Europa—, aquí también se dan por satisfechos dando una descripción de la montaña después de una rápida visita. En realidad, en este caso no se trata de ninguna manera de un simple cono, sino de una gran montaña, la que da soporte a muchas poblaciones y cuyo pie llega hasta tierra caliente y cuyo centro (interior) está cortado por hondonadas profundas y anchas.



Las altas crestas que corren de norte a sur de las cordilleras Central y Occidental separan, en esta parte de América, a la profunda y caliente hoyo del Patía. Ésta empieza cerca de Popayán; primero corre hacia el sur y se quiebra, devolviéndose de repente hacia el noroeste; después viene la cordillera Occidental, pues en el sur, altas y viejas masas montañosas juntan ambos brazos de la cordillera e impiden que las aguas avancen más hacia el sur. Sobre una de estas crestas que corren hacia el profundo valle del Patía, en esta región de altas montañas, tuvieron lugar las erupciones volcánicas que poco a poco formaron la montaña conoide que descende hacia el oriente y el norte; montaña, que antes era llamada El Pasto, después recibió el nombre El Galera y ahora es conocido por los colombianos medio instruidos como volcán de Pasto. Las erupciones no ocurrieron de ningún modo en medio del viejo y delgado brazo montañoso, sino que se produjeron al lado, un poco hacia el oriente. En consecuencia, aquí las lavas y otros materiales formaron un cono escarpado, mientras hacia todos los otros lados los materiales eruptivos sólo cubren superficialmente la vieja monta-

ña. En la empinada pendiente oriental, en un alto valle aplanado por sedimentos de ríos, se encuentra la ciudad de Pasto, a una altura de 2.544 metros, distante 7.700 metros de la punta más alta de la montaña. Hacia el sur se une la montaña volcánica con las crestas que descenden de la alta cordillera, mientras hacia el occidente las largas pendientes desembocan en el muy profundo valle de Guátara. Allí está la población de Consacá, distante unos 12.500 metros de la más alta cumbre, a una altura de 1.658 metros. Hacia el norte, como hacia el sur, la nueva lava cubre las altas y viejas crestas. Las escarpadas pendientes hacia Pasto y Jenoi están escasamente bañadas de agua, mientras las largas pendientes hacia Consacá y La Florida (2.155 m) están cortadas por quiebres muy profundos. El más significativo de ellos es el valle del río Consacá, que, como un delgado corte en una región llana, fascinante, se extiende al pie del lado occidental de la alta montaña hasta el río Guátara, conduciendo sus aguas al agreste río de la montaña. En su parte media está rodeado de altas montañas boscosas, y en lo más profundo de la montaña se convierte en una hondonada ancha rodeada de montañas peladas, casi perpendiculares, cuyas circunvalaciones soportan el pico más alto de todo el conjunto montañoso. El punto más elevado de esta circunvalación llega a los 4.264 metros, mientras el fondo del valle descansa sólo a 2.865 metros, de manera que las paredes rocosas toman una altura de cerca de 1.400 metros.

En el subsuelo de este cono de unos 3.000 metros en promedio, se eleva un nuevo cono eruptivo negro de hasta 4.180 metros. Sus erupciones han causado frecuentemente terror y angustia a los habitantes de las poblaciones vecinas. Desde el año 1832 permaneció inactivo, hasta que el dos de octubre de 1865 se presentó una espantosa erupción, acompañada de truenos aterradores. Una columna de humo y cenizas se elevó sobre su cima a alturas inconmensurables. Se sucedían erupción tras erupción, frecuentemente dos o tres veces por día. Aun en Tumaco, a la orilla del mar Pacífico, se podían observar los efectos. Los cultivos sufrieron bajo la fina ceniza, y los animales del

bosque, espantados y con la alimentación arrebatada por la capa de ceniza, bajaban a las viviendas de los hombres. Bloques de piedra incandescentes, de tamaño impresionante, fueron arrojados sobre las pendientes de toda la montaña. Los pastizales, en las laderas altas y aun los bosques más bajos, se incendiaron y aumentaron el espanto de la catástrofe con la presencia del fuego. Poco a poco se apaciguó algo el volcán, pero los frecuentes bramidos subterráneos y las columnas de humo que ascendían mostraban a los habitantes de Pasto que aún la montaña estaba activa. Desde Pasto no se puede ver el interior de la caldera, y por tanto el cono eruptivo queda invisible; pero desde Consacá es posible observar permanentemente el "horno" de la montaña: como en ráfagas de fuego, se movía la masa de lava ardiente montaña abajo hacía el valle de Consacá; los bosques cercanos a la caldera fueron abrazados por el fuego y espantosos torrentes de lodo cubrían cada vez más el profundo cañón del río. A comienzos de 1869, nuevas erupciones de cierta magnitud dejaron en claro el aumento de la actividad volcánica. Ya se pensaba en trasladar la población de Pasto, para alejar el peligro, pero querían escuchar mi opinión. Venían a mi encuentro como hacia un mesías, y agradecí al volcán el buen recibimiento ya descrito.

De Consacá partí con 16 peones hacia el valle. Con mal tiempo, que hacía casi imposible cualquier trabajo, acampé seis días al pie del cono, sobre un gran torrente de lava, espesado bajo el cabo más bajo de un fuerte torrente de lodo, y crucé la pendiente del cono que se encuentra en actividad. Después de tres semanas, finalmente regresamos a Pasto. Sólo tres o cuatro días permanecí en la ciudad, y me dirigí esta vez hacia el lado occidental de la montaña, para hacer mediciones trigonométricas. Tuve que permanecer durante 18 días en mi carpa, antes de poder lograr el objetivo. Rodeando el lado norte de la montaña, llegué a Jenoi, un pueblito muy cercano a Pasto. Desde allí emprendí el ascenso de la montaña y llegué esta vez hasta el cráter, cuyos gases pude recoger con éxito. Veinticuatro horas después se produjo una erupción, cuyas columnas de humo se ele-

vaban a 4.600 metros sobre la montaña; es decir, alcanzaban en total la altura de 8.800 metros. Tres de mis carpas-estaciones, donde yo había pasado seis noches, fueron sepultadas por grandes bloques incandescentes de tres a cuatro pies cúbicos. Ahora los habitantes de aquí están firmemente convencidos de que yo sé exactamente cuándo se producen las erupciones, pues ¡de qué manera se explica que me hubiera atrevido a dormir tan cerca de la montaña y que me hubiera puesto a salvo en el momento preciso!

El 7 de julio regresé a Pasto y algunos días después me encontré con el doctor Stübel, procedente de Popayán. Stübel ha dejado atrás un duro viaje por el valle del Patía, y yo también he dormido en dos meses sólo 11 días bajo techo y en forma.

XII

Túquerres, 10 de octubre de 1869

Después que en la ciudad hube descansado de mi excursión de dos meses por las laderas del volcán de Pasto, ordenado mis colecciones y otros asuntos y dispuesto lo pertinente para las investigaciones siguientes, preparé la visita al lago de semifábula que está en las cercanías de Pasto, a espaldas de la cadena central. En pocas horas se puede llegar desde Pasto hasta las orillas del lago, y sin embargo no pude conseguir, pese a mi permanencia de algunos meses en esta ciudad, ninguna información satisfactoria sobre él. Desde el camino, bastante transitado, hacia Sebondoí y hacia el nacimiento del río Amazonas, algunos habitantes de la ciudad habían visto el lago, pero nadie me pudo decir su posición exacta ni su extensión. Pero precisamente este absoluto desconocimiento de las cosas satisface al colombiano auténtico, cuya fantasía aventurera, que no conoce ninguna barrera, puede idearse los cuentos más inverosímiles, sin tener nada que temer, sin inventar algo que parezca increíble a sus paisanos.

El lago deberá de estar a unos 3.000 metros de altura, arriba de Pasto, y debe de tener un largo de 16 a 20 leguas y un ancho en el que no se puede reconocer la otra orilla. Grandes volcanes debie-

ron de elevarse en sus orillas; incluso a uno de ellos, al del cerro Patascoí, se le atribuyó una erupción en la que quedó destruida una gran parte de la ciudad de Pasto por un terremoto, mientras en la cuesta oriental de la cordillera se habían aclarado grandes extensiones del bosque, por la caída de los árboles. Pero mientras todos los "pastusos" estaban de acuerdo en que el cerro Patascoí tuvo la erupción, dominaba un gran desacuerdo respecto a la ubicación exacta de la montaña. En la geografía de Colombia editada a órdenes del gobierno de Pérez, se ubica el cerro Patascoí, equivalente a Bordoncillo, en el cabo norte del lago, de manera que el camino que conduce de Pasto a Sebondoí, el primer pueblo indígena en la ladera oriental de la montaña, debería conducir a su pendiente. Pero los indígenas de Sebondoí están ubicados en la montaña, en el extremo sur del lago, bastante retirados del Bordoncillo.



El 4 de agosto dejamos a Pasto. Todos bien montados a caballo, regresamos en corto tiempo al camino que conduce a Laguna (2.788 metros), pueblo indígena situado a tres horas de camino. Allí nos deberían esperar 18 cargadores, para transportar nuestro equipaje (instrumentos y víveres), pues ya cerca de la ciudad de Pasto se acaban los caminos transitables para las mulas. A pesar de los acuerdos a que habíamos llegado, no estaba, por supuesto, ningún peón en la población. Romper los contratos y faltar a la palabra son aquí cosa de todos los días, y se considera como una prueba de astucia e inteligencia, mientras al hombre honrado se le tiene por "estúpido". Con esfuerzos logramos finalmente hacia el mediodía poner en marcha la caravana.

El trayecto de Pasto al pueblo de Laguna se hace a través del valle de Atris por un camino, dadas las condiciones de aquí, bien construido. Sobre las amplias llanuras del valle están esparcidos una serie de pueblos indígenas, cuyas blancas iglesias resplandecientes son visibles desde lejos. Todos tienen una gran extensión, pues las cabañas, desperdigadas entre los campos, se extienden sobre toda la ancha comarca.

El camino de Laguna lleva muy rápidamente a la pendiente de las montañas espesamente boscosas que, como se ve ya desde Pasto, forman la circunvalación del valle plano. Al principio el sendero no es malo, pero pronto aparece el lecho de un arroyo bastante torrentoso, que ha de vadearse o si no saltar de piedra en piedra. Envueltos en nubes, ascendimos el último trayecto de la altura. A las cuatro de la tarde la habíamos alcanzado y nos encontrábamos a la orilla del lago. A nuestros pies se extendía una superficie de agua rodeada de montañas boscosas redondeadas, cuyo extremo sur nos era ocultado por las crestas saledizas de una montaña. Las orillas penetran en una cantidad grande de ensenadas y repliegues entre las alturas, rodeadas de profundos pantanos cubiertos de espesa vegetación. Sólo unos breves instantes pudimos gozar de la vista, pues gruesas nubes cubrían el horizonte y un aguacero helado nos obligó a regresar a nuestras carpas.

Sombrío y lluvioso fue el día siguiente. Descendimos a la orilla norte, en donde una barraca miserable y en ruinas presentaba los restos de un asentamiento abandonado. Cochapamba (2.783 m) —así se llama este paisaje— se eleva sólo un poco menos sobre el nivel del mar (2.749 m), pero está separado de sus orillas por pantanos impenetrables. El nombre es indígena: *Pamba*, que quiere decir 'llanura', *Cocha*, 'lago'. El lago es conocido simplemente como Cocha. Los conquistadores españoles lo llamaron, a causa de su gran extensión, Mar Dulce, nombre que hoy día ha caído casi en completo olvido.

En un lugar muy adecuado, donde el bosque llegaba hasta muy cerca de la orilla y ningún pantano dificultaba el acercamiento al agua, nos dedicamos a

la tarea, durante seis días, de construir una balsa transportable y ágil, trabajo que sólo fue posible sirviéndonos de una gran cantidad de juncos que crecen aquí, pues los árboles recién tumbados eran muy pesados para cumplir ese objetivo. Pero cuando, en definitiva, queríamos navegar, se produjo un fortísimo viento oriente-sur-oriente, que domina aquí casi sin pausa. El lago producía olas enormes, y la tempestad que se nos oponía de contraviento nos obligó rápidamente a abandonar nuestra barca y proseguir nuestro camino por la orilla occidental del lago hacia el sur. Pero esto ofreció también sus especiales dificultades. Largos trayectos de las crestas corren desde la cadena montañosa, rodeada de profundas depresiones de terreno, hacia el agua, cubiertas (esas crestas) de un bosque espeso, pero fácilmente transitado, pues aquí por todos lados han abierto pequeños caminos los buscadores de quina (los cascarilleros). Entre estas crestas hay amplias vaguadas llenas de masas aluviales y escombros, cuyo piso, casi horizontal, se convirtió en los últimos años en profundos pantanos. En las épocas secas, —es decir, en invierno en las tierras más bajas—, se puede caminar por la orilla sobre una playa de arena, pero ahora, cuando en estas alturas caen lluvias permanentes, estaba el nivel del agua tan alto que fuimos obligados a sobrepasar cada cresta y pasar por los pantanos. Durante horas todos los días tuvimos que sobreaguar, empapados hasta las rodillas y muy frecuentemente entre profundas aguas y lodo. También muy frecuentemente, seguíamos el lecho de arroyos y no pocas veces soportamos allí aguaceros. Tres días marchamos en estas condiciones hacia el sur, antes que alcanzáramos el cabo del lago, y, según nuestras mediciones, el lago sólo tenía de largo 12-14.000 metros. El tiempo era espantoso, de manera que no nos pudimos hacer una idea de la configuración del lago, para no hablar de las mediciones trigonométricas.

Pero en el extremo sur del lago había una casa habitada por dos indígenas, que en esta tierra de nadie cultivaban algunos campos y criaban ganado. Para nosotros fue de la mayor importancia, pues ya empezaban a escasear sensiblemente los alimentos y la insa-

tisfacción de nuestros peones amenazaba originar serias dificultades. Por fortuna, pudimos comprar aquí un buey joven, que produjo carne para todos nosotros durante doce días. Nos quedamos aquí un día, para concederles un descanso a los obstinados peones. Entonces comenzó el trayecto propiamente difícil de nuestra empresa, pues tuvimos que pasar por caminos nunca pisados, sin guías y sin conocimiento de las distancias. Afortunadamente, veíamos la meta de nuestro viaje ante nosotros: una alta y empinada montaña hasta cuyo pie se extendía una amplia llanura. ¡Ése debía de ser al fin el cerro Patascoi!

Para hacer comprensible lo característico de la posición de la montaña, debo agregar algunas observaciones sobre los alrededores del Cocha. Mientras que entre Popayán y Pasto la profunda y ancha hoya del Patía parece dividir los Andes en dos brazos, la masa completa de la cordillera al sur de Pasto está unida por el altiplano de Túquerres y Cumbal en una sola cadena montañosa. Ya en Pasto empieza esa elevación de la región situada entre ambas altas cadenas, la cordillera Occidental y la Central. Sólo lentamente se asciende por Pasto a la montaña boscosa, una continuación de la empinada cadena de traquita, que lleva de Tajumbina y el páramo de Mayo, por Aponte, hacia el sur. Pero aquí de nuevo y más al norte, esta cresta muy estrecha está separada por un profundo valle, esta vez en dos cadenas de montañas. Un gran lago, de más de seis a ocho leguas de largo y algunas de ancho, tuvo que haber llenado alguna vez esta hondonada. Ahora las aguas se han retirado, y una gran superficie pantanosa se extiende entre las dos altas cadenas montañosas, cuyos picos se elevan aproximadamente aún 1.000 ó 1.500 metros sobre esta llanura. El Cocha es un vestigio minúsculo de ese viejo lago, y también es llenado poco a poco por las masas de escombros procedentes de las montañas, y sus aguas deben buscar, serpenteando en muchos repliegues por la llanura pantanosa, una salida hacia los tributarios del Amazonas. El cerro Patascoi es la más alta de las montañas que delimitan hacia el oriente este viejo lago; y para llegar a sus pies, tuvimos que atravesar una ex-

planada amplia y completamente llana de aproximadamente cuatro leguas.

Pese a que este camino parecía fácil, necesitamos cuatro días para transitarlo, pues unas veces teníamos que abrir una trocha, con el machete en la mano, por entre matorrales impenetrables; otras veces teníamos que vadear largos trayectos por entre aguas profundas o, lo que era peor, por entre barro espeso. Pasamos muchos arroyos sin dificultad, pero la desembocadura del Cocha, que es de cerca de 40 pies de ancho y entre 10 y 12 de profundidad, requirió una permanencia de un día, ya que tuvimos que tumbar muchos árboles de ambas orillas, los que, amontonados unos sobre otros en la corriente, formaban un puente lo suficientemente resistente para poder pasar sobre él nuestro equipaje. Teníamos la esperanza de encontrar en el cerro Patascoi una bella montaña volcánica, pero nos decepcionamos, pues, pese a que el monte ofrece un escenario maravilloso, se compone de granito, y la erupción de 1834, imputada a él, es, como tantas cosas en este país, sólo una fábula.

Subimos hasta la altura de 3.500 metros, pero el tiempo era tan malo y nuestro interés tan poco, que desistimos del ascenso a la cima, cuya altura calculo es de cerca de 3.900 metros. Aquí y allá se dispersaron las nubes y la lluvia cesó por breve tiempo; así que pudimos ganar una vista sobre el especial escenario que nos rodeaba: al fondo las escarpadas rocas y picos, en forma de torre, del cerro Patascoi, desde cuyo centro se elevan las grandes masas rocosas de la cima; alrededor, maravillosas cascadas que riegan sus aguas en el bello y pequeño lago, pero desde el cual brotan arroyos torrenciales y conducen las aguas por sobre las altas cascadas hacia la tierra llana del pie de la montaña. Cientos de ríos, altas paredes rocosas, casi siempre perpendiculares, cuevas densamente boscosas, pequeños valles llenos de baja vegetación, completan este extraordinario panorama. Después siguen leguas enteras de altiplanicies, pobladas de frailejones, que aquí se ofrecen en extraña belleza y tamaño. En el norte se ve, en su integridad, el lago del Cocha, con sus cientos de bahías y su pequeña isla Corota y las amplias y altas lomas del Bordoncillo (3.699 m), con el nudo ro-

coso al que la montaña debe su nombre. En muchas ramificaciones tiende a dividirse la montaña desde el norte hacia el cerro Patascoi, encerrando muchos y amplios valles pantanosos, que concurren a la gran llanura, a través de la cual la desembocadura del Cocha conduce hacia el sur-sureste. No hay, a lo ancho y a lo largo, ninguna habitación humana; no se divisa ningún plantío. Si estos pantanos se hubieron secado por la canalización y se hubiera establecido una cultura, se pudiera asentar aquí un extraordinario valle con muchos poblados y fértiles cultivos de cereales.

En dos días y medio regresamos del cerro Patascoi al Cocha, un camino que de ida nos había costado seis días. Caminamos por la pendiente occidental de la montaña que rodea al Cocha y después, por una trocha conservada a propósito en pésimas condiciones, llegamos a Pasto. Pero la vista extraordinaria pagó los esfuerzos de la marcha a través de valles interminables. En un momento podíamos divisar completamente la montaña volcánica de Pasto, en otro el Cocha, el cerro Patascoi y las amplias llanuras de frailejones, y de cuando en cuando contemplábamos los más diferentes cuadros a la vez.



El 31 de agosto llegamos finalmente otra vez a la ciudad. El resultado del viaje fue mínimo. La espesa vegetación impide las investigaciones geológicas. Tan sólo puedo decir que una parte de la montaña al pie del Cocha, el Bordoncillo y el cerro Tábano (3.320 m) están compuestos de bellas traquitas, mientras la parte sur de la circunvalación occidental, como las montañas alrededor del cerro Patascoi, están formadas de viejas piedras cristalinas. Dos bellas montañas cónicas, en la orilla oriental del lago, parecen pertenecer a erupciones de traquita,

y también más al sur, pueden hallarse, en la montaña occidental, traquitas, ya que éstas aparecen en los arroyos como rocalla. En una palabra, el Cocha es el lago Laach de Colombia y se podrán hacer estudios interesantes, cuando estén despejados los bosques. En Pasto permanecí con el doctor Stübel hasta el 21 de septiembre. Después él se dirigió al volcán de Pasto, y yo hacia Túquerres.

De la BLAA

El 1° de junio de 1995 Mobil de Colombia S. A. hizo la donación a la Biblioteca Luis Ángel Arango de las novelas participantes al concurso Premio Pegaso de Literatura 1994-1995. Son obras escritas en español y portugués provenientes de México, Ecuador, Perú, Brasil, Argentina, Chile y Colombia:

A

Abad Ochoa, Serafín. 1949-

La hacienda "Rossi": el último huasipungo / Serafín Abad Ochoa. — [Ecuador]: Milagro, 1992.

45 págs. — (Folklore ecuatoriano)

Abilar de Yoma, Gladys

Más allá del pecado / Gladys Abilar de Yoma. — Buenos Aires: Editorial Vinciguerra, 1993.

226 págs. — (Colección vanguardia)

Abreu, Gilberto

Mande beijos a Gardel / Gilberto Abreu. — São Paulo (Brasil): Iluminuras, 1991.

86 págs.

Acosta, Julio, 1952-

Y la muerte llenaba la casa / Julio Acosta. — Buenos Aires: Beas Ediciones, 1993.

298 págs. — (Biblioteca Beodo)

Aguad, Susana

Herrumbre y oro / Susana Aguad. — Buenos Aires: Ediciones Letra Buena, 1992.

227 págs. — (Colección letras. Novela)

Agudelo Tenorio, Felipe, 1955-

Las raíces de los cielos: la pesadilla más imaginativa cobra vida en torno a un personaje sometido por la locura / Felipe Agudelo Tenorio. — Santafé de Bogotá: Editorial Planeta, 1993.

146 págs.